

El culto del balón.

Sobre el deporte de élite y sus organizaciones.

1. Del caballero al pontífice. El origen del deporte.

El deporte de élite que hoy congrega a multitudes y mueve miles de millones de dólares nació en un entorno muy distinto al de los grandes estadios y las retransmisiones planetarias. Su origen es aristocrático, excluyente y, en muchos casos, castrense.

El deporte moderno, tal como lo conocemos, se reglamentó en los colegios privados ingleses del siglo XIX, donde el cricket, el rugby y el fútbol se convirtieron en herramientas de formación del carácter de las élites. Pero fue Pierre de Coubertin, un aristócrata francés, quien dio forma al movimiento olímpico. Coubertin, barón de cuna, no ocultaba su propósito: "fabricar una élite internacional deportiva, nacida de la aristocracia y de la burguesía". El deporte, en su concepción original, no era para todos, era un privilegio de quienes podían permitirse el lujo de practicarlo sin necesidad de una compensación económica. Coubertin no ignoraba que sólo los jóvenes de clases altas y familias ricas podían practicar el deporte de competición de modo aficionado, sin percibir ni un centavo.

Disciplinas como la esgrima, la equitación o el tiro olímpico tienen su origen en las prácticas de caballeros y militares, y fueron incluidas en el programa olímpico precisamente por ese pedigrí. El deporte no era una actividad popular, era un entrenamiento para la élite, una demostración de virtudes y habilidades que Coubertin admiraba y consideraba "más propias de la Edad Media caballeresca que de la Antigüedad".

Hoy, aquellos clubes de caballeros se han convertido en imperios económicos con más poder que muchos estados. La FIFA, el COI y otras federaciones internacionales son organizaciones que operan con una autonomía que ningún gobierno nacional podría igualar. Y sus presidentes, lejos de ser meros gestores deportivos, son tratados como jefes de Estado.

2. El dinero que no se ve.

El deporte de élite es, ante todo, un negocio. Y el dinero que mueve es tan opaco como abundante.

La FIFA, el máximo organismo del fútbol mundial, ingresó 7.600 millones de dólares entre 2019 y 2022, una cifra récord. Solo el Mundial de Qatar 2022 generó 5.769 millones de dólares. Entre 2023 y 2026, la FIFA espera ingresar casi 11.000 millones de dólares.

El escándalo del FIFA Gate, denunciado en 2015, reveló la cara más oscura de este negocio. La investigación del Departamento de Justicia de Estados Unidos destapó una trama de sobornos por valor de más de 150 millones de dólares para obtener contratos de derechos de transmisión, publicidad y patrocinio, además de adjudicar las sedes de los Mundiales de 2018 y 2022. Nueve personas relacionadas con la FIFA fueron acusadas. La elección de Qatar 2022, resultado de una misma votación junto con Rusia 2018, no fue un proceso deportivo, sino un ejercicio de poder geopolítico y, para muchos, de corrupción.

El Comité Olímpico Internacional no se queda atrás. El COI ingresó 7.600 millones de dólares entre 2021 y 2024. En 2026 el COI ha roto con una tradición de 130 años. Se ha comprometido a pagar subvenciones de más de 100 millones de dólares a los atletas. La medida, aunque bienvenida, no esconde que el COI gana cerca de 1.000 millones por cada edición de verano de los Juegos Olímpicos.

3. La religión laica. El deporte como sustituto de la fe.

El deporte de élite cuenta con todos los ingredientes de una religión. Tiene rituales (himnos, banderas y ceremonias), cuenta con dogmas (el "espíritu olímpico" o el "fair play"), dispone de fieles (los aficionados que llenan estadios o ven las competiciones por TV y se congregan en torno a sus selecciones), y también de pontífices (los presidentes de las federaciones, cuyas palabras tienen peso de doctrina).

Las selecciones nacionales funcionan como iglesias donde los ciudadanos se congregan para celebrar su identidad colectiva. El deporte se convierte en el escenario donde se representa la nación, los himnos se cantan con el puño en el pecho, la derrota se vive como una tragedia nacional y la victoria como una redención.

Esta dimensión religiosa juega una función política evidente. Los estados utilizan el éxito deportivo para legitimarse, para desviar la atención de los problemas reales y para manipular los sentimientos nacionalistas de sus ciudadanos. Como señala la literatura académica, "el simbolismo en el deporte juega un papel en la reafirmación de la identidad nacional" y los gobiernos "intentan apropiarse del deporte por ese valor".

La paradoja es que el deporte, que debería ser un instrumento de encuentro entre pueblos, acaba convirtiéndose en un mecanismo de afirmación de las fronteras que nos separan. En lugar de celebrar nuestra pertenencia a la especie humana, el deporte de élite exalta nuestra vinculación con un territorio y una bandera.

4. La salud como mercancía.

El deporte de élite no es saludable. Esta afirmación, que parece una contradicción, es una realidad que la industria prefiere ocultar.

Los atletas de élite someten sus cuerpos a una actividad que va mucho más allá de lo que la biología humana puede soportar. Las lesiones crónicas, resultado de daños acumulados, el dopaje y la presión psicológica son compañeros de viaje de cualquier deportista profesional.

El 50% de los deportistas de élite sufren problemas de salud mental, con trastornos como la depresión y la ansiedad. La Agencia Mundial Antidopaje estima que un 10% de los atletas de élite podrían utilizar sustancias dopantes. La práctica del deporte de élite no es una actividad saludable, es una actividad que exige sacrificar la salud en el altar del rendimiento.

5. Las ciencias del deporte, aceleradoras de innovación.

Hay, sin embargo, una dimensión del deporte de élite que merece ser reconocida: su papel como acelerador de la innovación. La exigencia del rendimiento extremo ha impulsado avances en fisiología, biomecánica, nutrición y tecnología que luego se aplican a la vida cotidiana.

Las zapatillas de running, los tejidos técnicos que regulan la temperatura, los sistemas de monitorización del rendimiento, las técnicas de recuperación muscular, etc., nacieron en laboratorios para deportistas de élite.

La innovación deportiva, impulsada por la necesidad de ganar milésimas de segundo o milímetros, acaba mejorando la salud y el bienestar de la población general. El deporte de élite, que en ocasiones atenta contra la salud de los atletas, también impulsa avances que mejoran la vida de millones de personas.

6. La fábrica de frustraciones.

Detrás de las medallas y los contratos millonarios hay una realidad menos glamurosa, la de miles de jóvenes que sacrifican su infancia y su formación por una gloria que nunca llega. Los padres que proyectan sus sueños en sus hijos y convierten su práctica deportiva en un campo de batalla personal.

La tasa de éxito es despiadada. Los datos indican que menos del 1% de los que se especializan en un deporte a temprana edad alcanzan el nivel de élite. Es decir, más del 99% de los jóvenes que apuestan todo por el deporte acaban con una vida sacrificada sin recompensa.

La industria del deporte se alimenta de esa esperanza. Las academias, los clubes y las federaciones viven de la ilusión de las familias, pero no se hacen responsables de las vidas que dejan atrás. El deporte de élite no es una carrera profesional, es una lotería. Y como toda lotería, la mayoría pierde.

7. El ídolo sin criterio.

El deportista de élite se ha convertido en un referente social. Sus opiniones sobre política, economía, ciencia o ética son escuchadas y respetadas; a menudo, más que las de expertos en esas materias. Sabemos más de la vida de un futbolista que de la de un científico o un filósofo.

La industria del deporte convierte a sus estrellas en "influencers" y los utiliza para vender productos, ideas y, en ocasiones, hasta políticas. El deportista se convierte en un símbolo de éxito en una sociedad que ha perdido otros referentes. Su imagen, construida por los medios, le otorga una autoridad que su conocimiento no justifica.

8. La geopolítica del deporte. El desafío de los BRICS.

El dominio de Occidente en las federaciones deportivas internacionales está siendo desafiado. El COI, la FIFA y la IAAF son estructuras creadas y controladas por los países occidentales que reflejan su visión del mundo y sus intereses. Su poder no es neutral, es una expresión más de la hegemonía cultural y política de los países ricos.

La exclusión de Rusia de la mayoría de las competiciones internacionales tras la invasión de Ucrania fue el detonante. Moscú, en lugar de aceptar su marginación, redobló la apuesta. Vladimir Putin sugirió la creación de "estructuras alternativas al COI" y ofreció organizar los Juegos BRICS y los Juegos de la Organización de Cooperación de Shanghái. En 2024, la ciudad rusa de Kazán acogió los Juegos BRICS con la participación de 4.750 atletas de 89 países compitiendo en 27 deportes y 387 eventos con medalla. Los Juegos de la Amistad (World Friendship Games) y los Juegos del Futuro (Games of the Future), que combinan deporte físico y videojuegos, se están posicionando como plataformas alternativas al modelo deportivo occidental.

El bloque BRICS+ (Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica, Egipto, Etiopía, Irán, Emiratos Árabes e Indonesia) representa, junto a los países asociados y candidatos, más del 55% de la población mundial y a las economías con mayor potencial de crecimiento.

La creación de estas estructuras deportivas alternativas es un mecanismo de "soft balancing" (un equilibrio blando). No es una confrontación directa, sino una estrategia para reducir la dependencia de las instituciones centradas en Occidente y construir una narrativa propia. Es una iniciativa que discurre en paralelo a la creación de un sistema financiero alternativo al dólar o de nuevas alianzas geopolíticas. Es el deporte como campo de batalla de la nueva guerra fría.

9. El deporte como espejo de nuestras contradicciones.

El deporte de élite nos une pero también nos divide, nos da esperanza pero también nos explota, nos inspira pero también nos manipula.

Hemos convertido el deporte en una religión, pero sus pontífices no son santos precisamente, son empresarios y, cada vez más, actores geopolíticos. El desafío de los BRICS no es un capricho deportivo, es una señal de que el orden mundial está cambiando. Y los viejos pontífices del COI y la FIFA tendrán que decidir si se adaptan o si ven cómo se construyen altares alternativos.

El deporte, como sucedáneo de la actividad física que realizábamos en otras épocas, debería tener una clara orientación al cuidado del cuerpo y de la salud. Pero el deporte de élite ha desvirtuado ese objetivo. No es saludable, no es accesible y no es justo. Es un negocio que se alimenta de la esperanza de los jóvenes, de la pasión de los aficionados y del orgullo de las naciones.

La cuestión no es si el deporte es bueno o malo, sino si el modelo actual de deporte de élite y deporte espectáculo es lo que realmente queremos, y estamos dispuestos a seguir pagando el precio que exige.